

7. PARCIALIDAD DEL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Aunque el título del libro da a entender que se ocupa de la difusión del mensaje cristiano por la acción de “los Apóstoles”, en realidad se ocupa únicamente de la parte que corresponde a Pedro y Pablo en los orígenes. Quizá para introducir la misma figura de Pablo el Perseguidor recoge también la noticia de la predicación y el martirio de Esteban. Pero no cumple tampoco el proyecto que marcaba la misión del Espíritu de llevar el testimonio de Cristo “hasta el confín de la tierra” (Hechos 1,8). La narración se detiene con la llegada de Pablo a Roma. O bien el autor no pudo completar la obra o bien modificó el proyecto inicial.

Reducir la historia de la difusión del cristianismo a la acción de Pedro y, sobre todo de Pablo, significa olvidar la contribución de otros predicadores. Antes de que Pablo descubriera su vocación, existía ya un grupo de cristianos en Damasco, de cuyo jefe conocemos incluso el nombre, Ananías (Hechos 9,10-19). En la “iglesia de Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, Lucio, Manahén”. Todos ellos son mencionados antes del mismo Pablo/Saulo (Hechos 13,1). Se refiere también la misión de Felipe en Samaría y el bautismo del etíope (Hechos 9). El hallazgo de los papiros más antiguos del evangelio en Nag Hammadi, al norte de Luxor en Egipto, prueba que hacia el año 120 había llegado allí algún predicador cristiano.

No tiene justificación que Pablo sea presentado como un campeón en solitario capaz de llevar adelante su campaña de la libertad de la Ley para los paganos. En todas las cartas, menos en la dirigida a los Romanos, Pablo menciona a otras personas como autores de la carta y al final recoge los saludos de numerosas personas que colaboran con él en dicha misión. Aunque Pablo ponga su nombre en primer lugar, es obvio que Pablo no escribía como si expusiera su punto de vista personal, sino que reflejaba la opinión de un grupo al que él se sentía ligado.

En numerosos pasajes de las cartas Pablo da a entender que se consideraba parte de una red, *network*, de personas integradas en el movimiento cristiano. Se mencionan hasta 57 personas que de alguna forma aparecen relacionadas con la actividad de Pablo; a algunas de las cuales señala expresamente como colaboradores. Además de los mencionados por su nombre, hay que tener en cuenta las numerosas referencias a “hermanos, hermanas, apóstoles, colaboradores y colegas”.

La imagen del luchador solitario no se deduce de la imagen que nos dan las cartas, en las que Pablo aparece siempre acompañado de otros miembros del movimiento. Para colmo, ese movimiento no fue iniciado por Pablo, sino que él se asoció después de una etapa inicial en la que lo persiguió. Resulta evidente que la misión paulina no fue la obra de un hombre aislado, sino de un grupo de personas.

La carta primera a los Tesalonicenses, el escrito más antiguo del Nuevo Testamento y la primera de las cartas de Pablo, se presenta bajo la autoría de Pablo, Silvano y Timoteo. Es la mejor demostración de que la misión cristiana se vivía como una obra de colaboración, en la que ni el nombre ni la intervención de Pablo eran de mayor relieve que el de los otros dos. La carta primera a los Tesalonicenses es el escrito de un pequeño grupo a otro grupo mayor. Los tres autores utilizan la primera persona del plural y no parece que sea artificio o convención literaria. La primera persona del singular se usa sólo tres veces (2,18: “nos propusimos haceros una visita y, en particular, yo, Pablo, una y otra vez”; 3,5: “lo envié para que se informara de cómo andaba vuestra fe”; 5,27: “os conjuro por el Señor a que leáis esta carta a todos los hermanos”).

Hay, sin embargo, una reserva en el caso de 3,5, porque sobre el mismo tema se lee en 3,2: “enviamos a Timoteo, hermano nuestro y colaborador de Dios en el Evangelio de Cristo”. Una referencia personal a Timoteo también en 3,6: “Timoteo acaba de llegar de ahí y nos ha traído buenas noticias”.

Que Pablo no se consideraba un predicador aislado o autónomo lo indica también una serie de expresiones, como, por ejemplo, la referencia a “nuestro evangelio” (1,5); “Dios nos juzgó aptos para confiarnos el evangelio” (2,4); “apoyados en nuestro Dios, tuvimos valor para predicaros el Evangelio” (2,2); “como apóstoles de Cristo, podíamos haberos hablado con autoridad” (2,7). Los tres se presentan como nodrizas y padres de la comunidad. Pablo escribe como parte del equipo formador de una comunidad de seguidores de Cristo. Los casos en que Pablo habla en primera persona se refieren a aspectos personales de él mismo, como por ejemplo el deseo de visitar la comunidad personalmente.

Hay que reconocer que la persona del predicador como comunicador o mediador de la revelación ejerce, a nivel literario, una función muy fluida. Es frecuente que se identifique con los mismos destinatarios del mensaje, utilizando el giro retórico del “nosotros”, como en Gálatas 1,3-4: “gracia y paz de Dios nuestro Padre”, “se entregó por nuestros pecados”, “para librarnos de este mundo presente perverso”. Con idéntica facilidad retórica Pablo se identifica con Cristo: “Ya no vivo yo: es Cristo quien vive en mí” (Gálatas 2,20). Hablando de Cristo, Pablo habla de sí mismo.

En una situación conflictiva con las iglesias de Galacia, Pablo narra el conflicto que él vivió personalmente con otros apóstoles. El pasaje se explica frecuentemente como prueba de la independencia de Pablo respecto de los demás apóstoles. Al defender la legitimidad de un cristianismo sin circuncisión para los gentiles, Pablo demostraba que no estaba sometido a la iglesia de Jerusalén y que su autoridad no era inferior a la Pedro.

Pero no está probada la intención de afirmar su independencia respecto de los demás apóstoles. Pablo defiende el origen de su vocación, origen no humano, sino por medio de Jesucristo, y también la autoridad de su mensaje, que no viene de la iglesia de

Jerusalén ni de otros apóstoles. Pero Pablo admite sin dificultad que hubo apóstoles antes que él, el último que vio a Cristo resucitado (1 Corintios 15,8). La misma afirmación de que no fue a Jerusalén después de su vocación demuestra que reconoce la importancia central de Jerusalén para el mensaje cristiano. Y aunque no recibió su misión de los otros apóstoles, sí necesitó ser instruido por ellos. Su misión y su primera actividad se realizaron en la comunidad de Antioquía, la cual le comisionó junto con Bernabé.

El conflicto primero entre la comunidad de Antioquía y la iglesia de Jerusalén se resuelve mediante un recurso de los antioquenos ante la autoridad central en Jerusalén gracias a un acuerdo entre Santiago, Cefas y Juan por un lado, Pablo y Bernabé por el otro. El acuerdo demuestra reconocimiento mutuo entre los dos grupos.

El enfrentamiento de Pablo con Pedro en Antioquía ha reforzado la opinión de que Pablo se sentía fuerte para resistir a Pedro cara a cara: *κατὰ πρόσωπον αὐτῷ ἀντέστην* (Gálatas 2,11). No está probado que aquel enfrentamiento fuera la razón de que en adelante Pablo actuara de forma independiente dejando de lado a la comunidad de Antioquía. Pablo vuelve a Antioquía desde Cesarea y Jerusalén y pasa algún tiempo en la ciudad (Hechos 18,22-23). No consta que el enfrentamiento de Antioquía marcara una división en el movimiento cristiano primitivo. Fue un conflicto en el interior del mismo movimiento y es posible que Pablo fuera el perdedor.

Hoy se pretende sacar del olvido a muchos que, como Pablo, hicieron posible la rápida difusión del evangelio por el mundo greco-romano. Junto a Pablo y a veces antes que él debió moverse todo un “ejército” de predicadores evangelistas. Lo dice de manera clara la afirmación de Pablo: “Yo planté, Apolo regó, era Dios quien hacía crecer” (1 Corintios 3,6). Claramente se admite que, al margen de la actividad de Pablo, alguien predicó también en Alejandría, de donde salió Apolo para encontrarse con la comunidad paulina de Éfeso y luego con la de Corinto (Hechos 18,24; 19,15s).

El estudio de la “red social” en la que se sitúa la acción de Pablo obliga a estudiar la figura de quienes colaboraron en la misma obra de difusión del evangelio. Fueron “colaboradores”, *synergoi*, no porque trabajaban a las órdenes de Pablo, sino porque realizaban la misma obra que él, la obra de Cristo. Colaborador, *synergós*, es un término propio y original de Pablo, el término más usado después de “hermano”. Propiamente no designa un colaborador sino a una persona que realiza un trabajo semejante. El acento no recae en el *syn*, sino más bien en la obra que cada uno realiza por sus propios medios. Es el caso de Timoteo a quien se da el título de “hermano nuestro y colaborador de Dios, *synergós tou zeou*, en el evangelio de Cristo” (1 Tesalonicenses 3,2).

Distinguiendo entre los miembros de una comunidad o iglesia y las personas que tomaron parte activa en la difusión del evangelio, hay en las cartas todo un vocabulario que

demuestra que efectivamente Pablo no trabajó solo sino que con él colaboró un grupo variado de personas que ejercieron el apostolado misional de forma propia.

Ésta es una lista de los términos utilizados para designar las variadas funciones:

διάκονος	<i>diákonos</i>	diácono
δοῦλος	<i>doulos</i>	siervo
κοινωνός	<i>koinonós</i>	socio, partícipe
κοπιῶντες	<i>kopióntes</i>	trabajadores
leitourgós	<i>leitourgós</i>	liturgo, ministro
οἰκονόμος	<i>oikonómos</i>	ecónomo, administrador
συγγεινής	<i>syngenés</i>	paisano
συναιχμάλωτος	<i>synaijmálotos</i>	coprisionero
σύδουλος	<i>sýndolos</i>	consiervo
συνεργός	<i>synergós</i>	cooperador, colaborador
συστρατιώτης	<i>systratiótes</i>	conmilitón
ὑπερέτης	<i>hyperétes</i>	servidor

En diversas ocasiones se alaba a las mujeres que trabajaron eficazmente por el evangelio: Febe (Romanos 16,1), Evodia y Síntique (Filipenses 4,2) y los cónyuges Prisca y Aquila (Romanos 16,3), así como Andrónico y Junia, judíos como Pablo y compañeros de prisión, “ilustres entre los Apóstoles y que llegaron a Cristo antes” que él mismo (Romanos 16,7). La iglesia de Laodicea se reunía en la casa de Ninfa, una mujer, aunque algunos manuscritos sugieren el nombre masculino, Ninfas (Colosenses 4,15).

La misión de Pablo en Europa fue apoyada económicamente por Lidia (Hechos 16,14-15). Para llegar al *finis terrae* Pablo contó quizá con otra mujer, “la hermana Febe, diaconisa, *διάκονου*, de la iglesia de Cencreas ... y protectora de muchos” (Romanos 16,1). Como la función de las diaconisas y el sentido del término *διάκονος* no se fijó hasta finales del siglo III, más de un comentarista ha interpretado esas palabras de Pablo como un elogio exagerado en favor de una piadosa y generosa mujer. Sin embargo, la intención del elogio parece ser presentar a Febe a la comunidad de Roma como quien podía financiar la campaña evangelizadora de Pablo en España. Para el viaje y para el mantenimiento del equipo de misioneros hacía falta contar con fuerte apoyo económico. Los misioneros colaboradores tendrían que poder predicar en latín, la lengua hablada mayoritariamente en España y en la que Pablo no se debía sentir seguro. Es posible que entre Pablo y Febe existiera la relación típica del “patrono-cliente”, pero de manera alternante y recíproca: Febe, como “patrona” ponía a disposición de Pablo, como “cliente”, su posición económica y de clase que permitía a Pablo organizar libremente su apostolado y llegar a las clases más altas, inaccesibles para un artesano como él; Pablo, como “patrono” de las comunidades, “recomendaba” a Febe como cliente ante las comunidades en las que Febe podría ejercer su acción benéfica y evangelizadora y así serían también “clientes” de Febe.